



LA CIVDAD DE LOS REYES

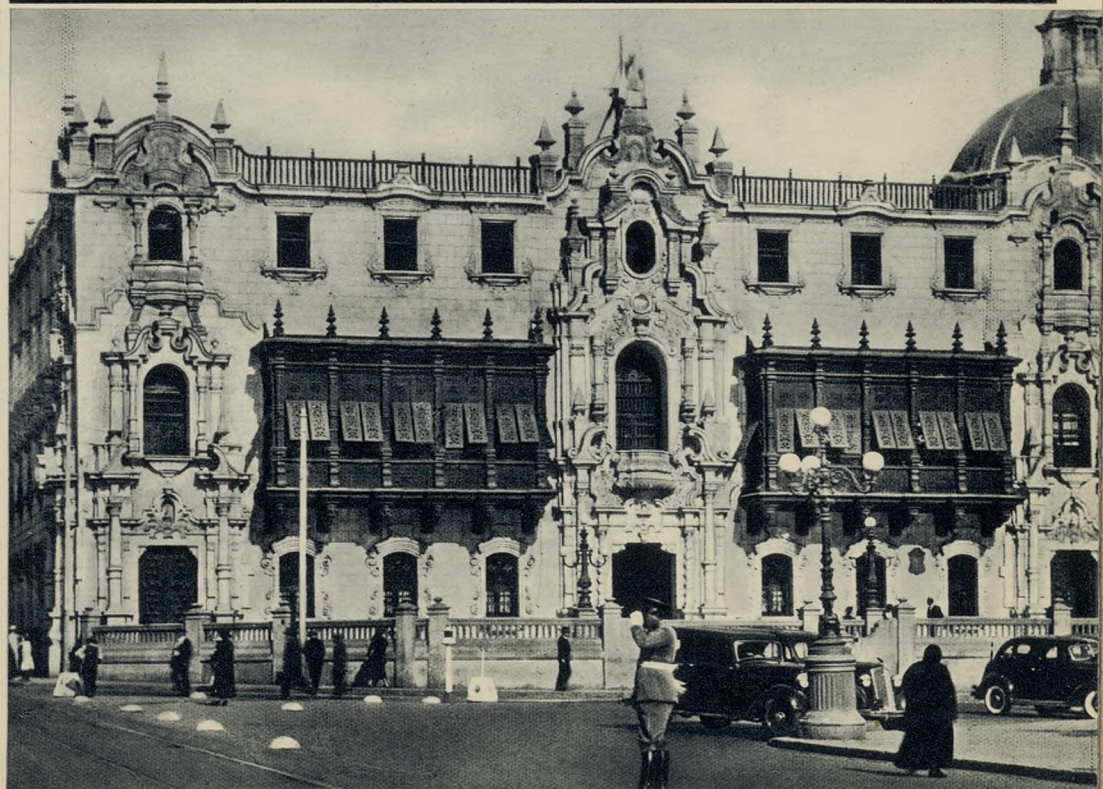
Por MANUEL SOLARI SWAYNE

PODEIS llegar por el mar, atracando en el puerto del Callao y recorriendo, desde allí, unos catorce kilómetros por arboladas avenidas. O por el aire—Lima, por su situación geográfica, es centro importantísimo en las comunicaciones aéreas del continente—, descendiendo en el aeropuerto de Limatambo, uno de los más bellos del mundo, que dista unos diez minutos del centro de la ciudad.

«Ciudad de los Reyes» llamó don Francisco Pizarro a la que fundó a la vera del Pacífico, el 18 de enero de 1535. Trazada por la mano ruda del conquistador barbado, cultivados su alma y su perfil por gente ibérica, la urbe de hoy, por su raíz, conserva su acento peculiar, su espíritu de ciudad española. Un aliento castellano, una sonrisa andaluza vagan por las calles que se abren en las riberas del Rimac. ¿Aires de Valladolid? ¿Brisas de Málaga?



Arriba: A la sombra de las torres de la Catedral limeña, una de las joyas del arte colonial peruano, se levanta la estatua ecuestre del fundador de la capital, don Francisco Pizarro.—Abajo: A la izquierda, frontispicio del Ayuntamiento de Lima; a la derecha, fachada del Palacio Arzobispal.





ga...? Andáis por las estrechas aceras. Observaréis que las construcciones son bajas—de uno o dos pisos—, que a sus fachadas asoman musharabíes tallados y oscuros, de caladas celosías, que tienen ritmos árabes y apariencia de órganos religiosos: rejas labradas que son como endurecidos jardines traídos de Andalucía, cancelas primorosas, que parecen mantillas colgadas a secar. Y si penetráis en las casonas, cruzando zaguanes y patios, descubriréis en sus artesonados, en sus imágenes y pinturas, en sus muebles, en su platería y sus cueros repujados, que la canción de España suena en sus más íntimas melodías. Os detendréis en las grandes plazas y en las placitas pequeñas. Escucharéis la antigua copla del agua en los bronces de las fuentes. Con los ojos recorreréis los barrocos perfiles de los templos, con sus campanarios achatados, en los que cantan verdes pájaros sin alas. Visitaréis los anchurosos claustros de los conventos—luminosos zócalos de azulejos y apacibles huertos; propicios para la meditación y el enmismamiento—, la celda humilde de Francisco Solano y el pozo de Santa Rosa, donde echó una llave y hoy, de noche, tiemblan las estrellas. Os emocionaréis ante los áureos y retorcidos retablos y a los pies de los Cristos, lacerados, empapados de sangres y de lágrimas. Os detendréis en la casa de la Perricholi, con su calesa y sus espejos dieciochescos. Deambularéis por la enrejada Alameda de los Descalzos y os asomaráis a la Plaza de Acho, que erigió un virrey y ha sustentado la escultura de las más gloriosas figuras del toreo.

* * *

Habéis visto la Casa de Pizarro, sede del Jefe del Estado, y en la que se conserva una higuera, plantada por el fundador; la Catedral, en la que descansan los apergamizados huesos del extremeño; la Municipalidad, que se levanta en sus primitivos solares de la Plaza de Armas.

Divisáis el Callejón de Petateros, que en los días de Navidad y Año Nuevo se llena de tenderetes y vendedores, adquiriendo un movimiento multicolor y auténticamente popular. Blancos, mestizos, mulatos, disputarán en gracia al pregonar sus mercaderías y al piropear a las mozas limeñas, de grandes ojos negros y pies menudos. En las calles de Mercaderes, de Espaderos, de la Merced, en el jirón central, se encuentran la mayoría de los almacenes, librerías, platerías, joyerías; el comercio más importante de la villa, notándose un tráfigo constante de personas y vehículos, un ir y venir de gentes con paquetes. Pulsando lo acelerado de este ritmo, se aprecia y se valora mejor la elegante lentitud con que se desarrolla la vida en el resto de la ciudad, de esta ciudad impuntual, despaciosa, conservadora y hogareña. Teatros, cines, hoteles, clubs sociales, cafés, enmarcan la armoniosa Plaza de San Martín, en la que se levanta el monumento al Libertador, esculpido por don Mariano Benlliure. Espaciosa y severa, es noble expresión de la Lima republicana, nexa entre la antigua y la nueva ciudad, que avanza hacia el Sur, en busca del mar y de sus playas. Edificios altos y un tanto presuntuosos, quiebran la unidad arquitectónica de la ciudad virreinal. Pero tienden éstos a levantarse en las afueras de hoy, acaso centro de mañana. Ya el Paseo de la República, amplia vía bordeada de jardines, comienza a erguirse y ornamentarse. Aquí podéis escuchar la sinfonía heroica que, en piedra y bronce, entona el monumento que, en homenaje a Miguel Grau, ha realizado el gran artista talentino don Victorio Macho.

Largas y anchas avenidas, parques, jardines, árboles, temblorosas copas, que se mecen sua-



Aspecto de una de las calles de Lima, con los típicos balcones de la época virreinal.



A la izquierda: El palacio de los marqueses de Torre Tagle, hoy Ministerio de Relaciones Exteriores, considerado como la más bella expresión de la arquitectura americana del siglo XVIII.—Arriba: Automóviles de línea moderna frente a la arquitectura antigua de la ciudad.—Abajo: Aspecto de la fachada del Palacio Arzobispal de Lima.



vemente en un paño gris de la neblina limeña, chalets floridos, caracterizan a la urbe de hoy, a esta capital americana que suma casi un millón de habitantes, que cuenta con todas las comodidades modernas, pero que por un aferramiento a su tradición, por un amor a su espíritu—raros en estos tiempos de uniformidad, de imitación, de los llamados afanes progresistas—, ha mantenido su acento, su línea, su singularidad, su diferenciación.

En Orrantía, en San Isidro, en Miraflores, en los barrios residenciales, las casas de ladrillo y cemento, con amplias ventanas y terrazas, con baños, refrigeradoras y radios norteamericanos, son, por lo general, blancas, enjalbegadas, con balconillos de hierro y rejas labradas, con bancas de azulejos y cipreses insomnes, que pregonan ancestros andaluces y los muestran orgullosamente.

Lima posee cerca de cien cines y muy escasos lugares de diversión nocturna. Hay en ella estadio, piscinas, campos de golf, polo y deportivos, y tiene dos plazas de toros. Las gentes jóvenes visten *stacks*, y miles de personas, con hábitos morados y cirios, zahumadores de plata y rosarios en las manos, siguen a la imagen del

Señor de los Milagros, en su impresionante peregrinaje del mes de octubre.

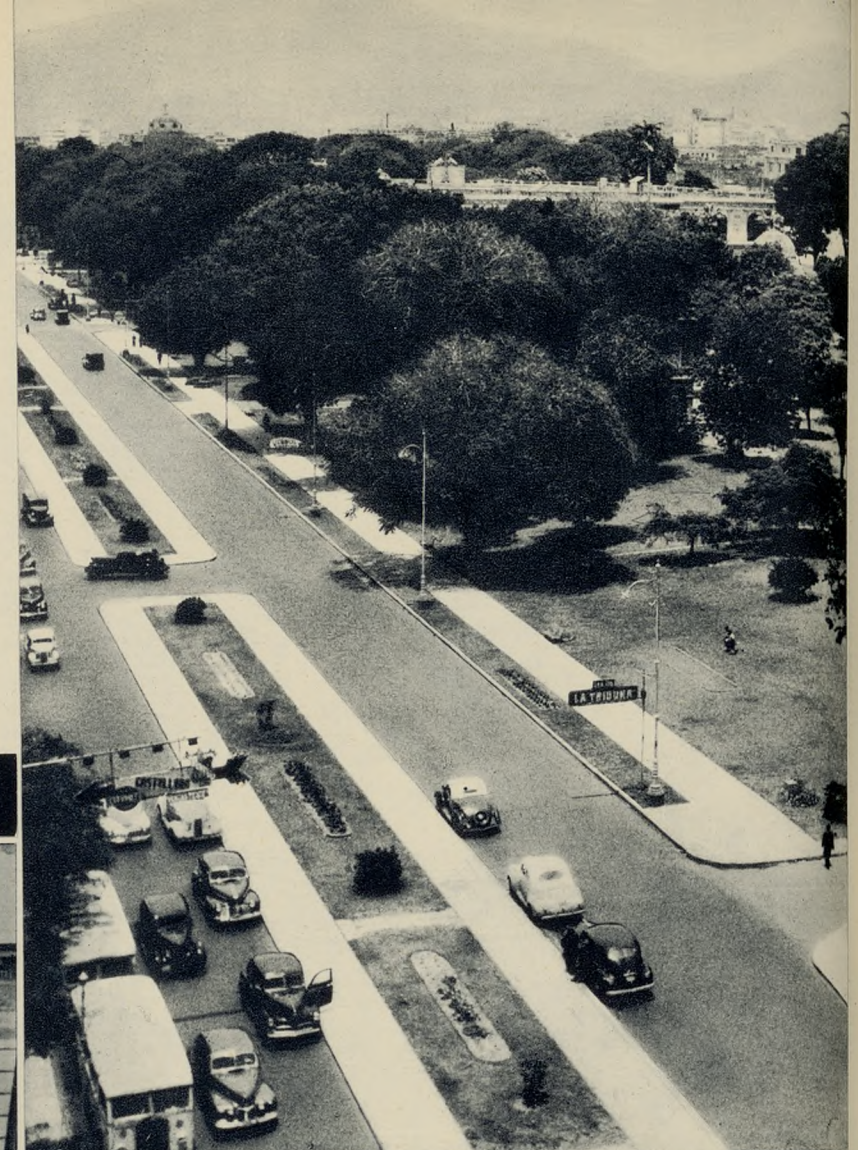
No podría negarse que la Ciudad de los Reyes marcha a tono con los tiempos. Influencias de Europa y Norteamérica—especialmente éstas—se perciben con facilidad. Hay entusiastas defensores de todo lo moderno y que orientan la sensibilidad de los jóvenes en el sentido de comprender la belleza de las expresiones del espíritu contemporáneo. Pueden leerse y verse los libros y las películas más recientes. Numerosas radiodifusoras llenan el espacio con sus noticias, su exagerada propaganda y las músicas bailables del día. Los diarios informan ampliamente sobre los sucesos mundiales. Pero, pese a ello, se recoge la impresión de que la ciudad no quiere—¡y cuánta razón tiene en ello!—perder su peculiar acento, diluirse en la monotonía, romper su partida de nacimiento.

La capital del Perú—la primera universidad de América—se levantó en este poético y sugestivo rincón del mundo—fué el centro espiritual del Continente.

Muchos limeños de hoy, apegados a la tradición, unos, o que luchan por renovarlo todo, otros, conceptúan que debe recuperar ese cetro, que ése—y no el de ser una urbe alta, ruidosa, precipitada y vacía—es su destino.

Hermoso destino, en verdad. Y digno de cumplirse.

Arriba, a la derecha: Dos modernas avenidas, en las afueras de la capital, que conducen a los barrios residenciales, junto al mar.—Abajo: Antiguos y modernos edificios se levantan en la populosa calle de Jirón Carabaya.



Vista aérea de la ciudad, en la que se aprecia la amplia plaza del General San Martín, adornada de jardines.



Arriba: Tenderetes y puestos, en los que se venden los más variados objetos, llenan las calles de la ciudad, durante los días navideños.—Abajo: Paseo de Colón.

